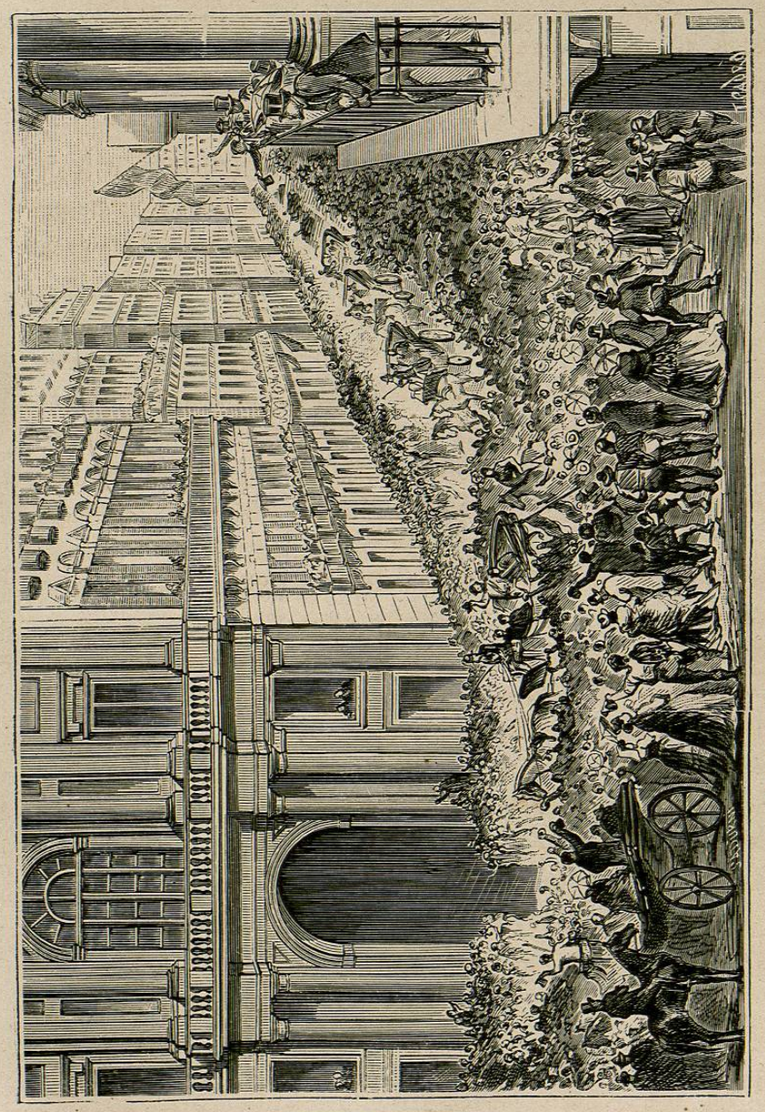
sagiara alguna perturbacion social. Garibaldi se dirigió inmediatamente á Santa Maria en busca del rey, y allí se reunieron aquellos dos hombres dispuestos, el uno á rendir homenaje al soberano elegido por el pueblo, y deseoso el otro de tributar una muestra de su aprecio al gefe cuyos grandes hechos y virtudes, le elevaban á una inmensa altura, al hombre que habia conquistado reinos defendiendo la justicia y la libertad. Felizmente, no se hallaba con el rey Fanti ni Farini, dos intrigantes á quienes el héroe aborrecia por su política, por sus opiniones y por su carácter.

El rey subió despues á su carruaje é hizo sentar á su lado á Garibaldi, habiéndose colocado en frente los dos pro-dictadores de Sicilia, lo cual no agradó mucho al público, que hubiera preferido se hubiese observado rigurosamente la etiqueta. Todas las calles de Nápoles estaban ocupadas por un gentio inmenso que se agrupaba ansioso al paso de la regia comitiva, y si grande fué el entusiasmo con que se recibió á Víctor Manuel, aun fueron mayores las demostraciones que se hicieron en favor de Garibaldi.

El rey conferenció despues con el general, y trató de inducirle á que permaneciera en Nápoles para contribuir con sus esfuerzos á la organizacion del Gobierno de la Italia del Sur, cosa que hubiera hecho este último en beneficio del público y de su soberano si se hubiesen admitido sus condiciones, pero segun veremos, no parecieron estas de todo punto aceptables.

Garibaldi pidió en primer lugar que se le nombrara gobernador de la Italia del Sur con la condicion de ejercer este cargo durante tres años, concediéndosele además poderes ilimitados, pues sin esto no era posible en su concepto sofocar las aspiraciones de los ambiciosos, aunando los elementos de la vida social y política. La segunda condicion se reducia á que se reconociesen como válidos los decretos firmados mientras fué Dictador, esceptuándose no obstante aquellos que no estuviesen conformes con la ley constitucional; y por la tercera, en fin, exigia Garibaldi que se confirmasen los grados concedidos á sus oficiales. La primera condicion fué rehusada rotundamente; á la segunda se accedió en parte, pero haciendo tantas escepciones que se reconocia que el Gobierno real deseaba destruir en Nápoles hasta



Entrada de Víctor Manuel y Garibaldi en Nápoles.

el último vestigio de la dictadura, y en cuanto á la tercera, se hizo una concesion condicional que Garibaldi no podia aceptar honrosamente. Era evidente que el Gobierno no queria considerar al famoso jefe sino como un oficial, ya militar ó civil, á quien se pagarian bien sus servicios, pero sin tener en cuenta los derechos que le asistian en su situacion especial como conquistador de las Dos Sicilias. Por lo que hace á los oficiales y soldados de Garibaldi, el Gobierno preferia desentenderse completamente: cierto es que aquellos hombres habian prestado grandes servicios al rey y al pais, pero no se creia necesario ni tampoco conveniente recompensarlos, como no fuera concediendoles alguna cruz honorífica ó una insignificante pension á los que careciesen completamente de recursos.

Es indudable que al obrar así, se guiaba el rey únicamente por los consejos de su primer ministro, y aquí recordaremos que Garibaldi odiaba á Cavour porque creia que este deseaba solo el engrandecimiento del Piamonte, no el bienestar y la gloria de Italia, mientras que la política del ex-Dictador tenia por principal objeto la unidad y la independencia. Además de esto, Garibaldi estaba persuadido de que el primer ministro no vacilaria en vender una parte de Italia al Austria, siempre que por ello pudiera beneficiarse el Piamonte, y no se le ocultaba tampoco que aquel queria á toda costa la preponderancia de Cerdeña en la península. No era por lo tanto posible conciliar estremos tan opuestos, ni menos debia creerse que Víctor Manuel desease reinar en la Italia unida solo como monarca constitucional, pues á no dudarlo, conservaba la ambicion hereditaria de su familia y no podian disgustarle los proyectos dinásticos de su ministro. De todos modos, el caso es, que bajo semejantes circunstancias, no le era posible á Garibaldi aceptar intervencion alguna en el Gobierno de la Italia del Sur, y esto fué una desgracia para el país, pues se hubieran evitado con sus servicios, perturbaciones, trastornos. y vergonzosos abusos.

Bastaba que Garibaldi aconsejase una cosa para que se rechazára, y el criticarle ó hablar mal de él era ya un mérito para obtener cualquiera gracia. Farini, á quién el héroe habia espulsado de Nápoles por creerle peligroso para la paz y tranquilidad de este pueblo, aca-

baba de marchar á Sicilia por órden del Gobierno; los ministros no se contentaban con insultar al ex-Dictador, sino que le calumniaban á cada momento, y aun cuando el rey admiraba con entusiasmo al hombre que habia conquistado para él un reino, como se hallaba rodeado de todos aquellos que eran los mas decididos enemigos de Garibaldi, no era de estrañar que este sufriese las consecuencias de la guerra sorda que se le hacia. El principal objeto de la política de Cavour se reducia á combatir en Italia la influencia del jefe republicano, y cuando para ocupar su puesto marchó Farini á Nápoles, nombrado por el Gobierno, Garibaldi resolvió retirarse al momento. En 9 de Noviembre despidióse de sus bravos compañeros de armas con el siguiente manifiesto, en el que se revela, á la vez su noble patriotismo y la indignacion que le causaba la conducta observada con él.

«Debemos considerar el periodo que ahora termina como el último paso que ha de conducirnos á la resurreccion nacional, y es preciso prepararnos para terminar la grande obra que se ha propuesto llevar á cabo aquel á quien hemos elegido para nuestro rey.

«Sí, jóvenes amigos; Italia os debe la realizacion de una empresa que ha merecido el aplauso universal; habeis conquistado y conquistareis aun mas, porque conoceis la táctica que decide del éxito de las batallas; sois dignos de aquellos que desbarataron las compactas filas de las huestes macedonianas y que se batieron valerosamente contra los orgullosos conquistadores de Asia. A esta brillante página de la historia de nuestro pais se unirá luego otra no menos gloriosa, y el esclavo podrá enseñar á sus hermanos libres el acero forjado con sus cadenas. ¡A las armas, pues, todos vosotros, y acabad de una vez con los opresores que se oponen al engrandecimiento de nuestro pais! Dejad que los tímidos *doctrinarios* se alejen de nuestro lado para llevar á otra parte su estúpido servilismo y miserables temores; este pueblo es libre, desea ser hermano de otro, mas no para implorar su auxilio sino para ayudarle á combatir á los tiranos. La Providencia ha dispuesto que Víctor Manuel rija los destinos de Italia, y bajo sus banderas deben alistarse todos los ciudadanos, ¡á las armas, pues, y terminad de una vez nuestra mision! Si para el mes de Marzo de 1861 no tenemos en pié de guerra 1.000,000 de hombres, ¡pobre libertad! ¡pobre Italia! Los bravos de Calatafimi, de Palermo, de Ancona, de Volturno, de Castelfidardo y de Isernia, estarán en sus puestos, y con ellos, todo hombre que no sea un cobarde ó un esclavo; reunámonos sin vacilar bajo la bandera del héroe de Palestro, y un solo golpe bastará para destruir el ruinoso edificio de la tiranía. Por ahora, permitidme, queridos y valerosos voluntarios, que os dirija una palabra de despedida; me veo en la precision de retirarme, pero será por poco tiempo; cuando suene la hora del combate, me encontrareis á vuestro lado con los campeones de la libertad de Italia. Vuelvan tan solo á sus casas aquellos que tengan que cumplir con los deberes imperiosos de la familia, ó los que por sus gloriosas heridas hayan merecido bien de la patria, y quédense los demás para custodiar nuestras banderas, pues dentro de poco marcharemos juntos para redimir á nuestros hermanos, los que sufren todavía el yugo del estranjero.

«G. Garibaldi.»

Cuando el general supo que su secretario particular no poseia sino 30 libras esterlinas, economizadas con mucho trabajo, le dijo sonriendo: «No importa, Basso, tenemos en Caprera trigo y leña en abundancia y podremos venderlo en Madalena.»

Antes de salir de Nápoles, Garibaldi fué á visitar á su amigo el Almirante Munday, quien tuvo la delicadeza de hacerle el saludo de ordenanza, honor con que no le habia distinguido ni una sola vez el monarca que tanto le debia, y algunas horas despues, embarcóse en el *Washington*, que se hizo á la vela inmediatamente para Caprera. El dia anterior habia enviado Garibaldi al rey su dimision del cargo de general del ejército, devolviendole asimismo el gran collar de Caballero de la órden de la Anunciacion que le fué conferido algun tiempo antes. Esto causó un sentimiento á Víctor Manuel, quien deseaba conceder al noble patriota honores y distinciones ó una buena recompensa pecuniaria, pero Garibaldi lo rehusó todo resueltamente, y poco despues hallábase ya en su solitaria residencia.